

Andar, una filosofía **Gros, Frédéric**

Andar no es un deporte

El deporte es una cuestión de técnicas y de reglas, de resultados y de competición.
El dinero lo invade para empobrecer las almas, y la medicina para construir cuerpos artificiales.

Caminando, solo una hazaña importa: la intensidad del cielo, la belleza de los paisajes.

Andar no es un deporte.

Libertades

La libertad suspensiva, es un ámbito de poderosas necesidades.
Todo lo que me libera del tiempo y del espacio me aleja de la velocidad.
La libertad es ahora un bocado de pan, un sorbo de agua fresca, un paisaje despejado.

La llamada de la sencillez habrá durado lo que dura una caminata.

La segunda libertad es agresiva, más rebelde.
También se puede decidir romper.
Los escritos de Kerouac o de Snyder.

Los cruces de caminos tiemblan como estrellas vacilantes, se redescubre el miedo estremecedor a elegir, el vértigo de la libertad.

Caminar nos coloca en la vertical del eje de la vida.

La libertad cuando se camina es la de no ser nadie, porque el cuerpo que camina no tiene historia, tan solo un flujo de vida inmemorial.

Esa gran libertad exaltada por la generación desgarrada de Ginsberg o de Burroughs,

La marcha deja entrever un sueño: caminar como expresión del rechazo de una civilización corrupta, contaminada, alienante y miserable.

La última libertad del caminante es más rara.
Es la libertad del que renuncia.

En la filosofía hindú, cuatro etapas.

La primera es la del alumno, el aprendiz, el discípulo.

En una segunda etapa, el hombre, ya adulto,

Acepta llevar las máscaras sociales que le asignan un papel en la sociedad y en la familia.

En el atardecer de su vida, se hace eremita. Es la etapa de «la partida al bosque».

Y el peregrino sucede por fin al eremita.

El sabio ha renunciado ya a todo. Es la máxima libertad: la del desapego total.

Cuando renunciamos a todo es cuando todo se nos ofrece, cuando no reclamamos nada es cuando se nos da todo, en abundancia. Todo, es decir la intensidad misma de la presencia.

Y uno se siente libre, porque, cuando intenta recordar los signos antiguos de nuestra permanencia en el infierno —nombre, edad, profesión, carrera—, todo, absolutamente todo, parece irrisorio, minúsculo, sin consistencia.

Por qué soy tan buen paseante (Nietzsche)

Cada empeoramiento de su soledad trae consigo una intensificación de su libertad. Nietzsche fue un gran caminante, tenaz.

Cuatro grandes fases.

En primer lugar, los años de formación: para saber mandar, primero hay que saber obedecer.

Segundo acto, por un periodo de diez años enseñará Filología griega, diez años difíciles marcados por el fracaso, grandes caminatas y grandes soledades.

Tercera gran época de su vida. Durará diez años, Nietzsche anda, anda como se trabaja. Trabaja andando ha descubierto su naturaleza, su elemento.

Caminar para Nietzsche, es la condición de la obra. Es su elemento propiamente dicho.

Esos libros respiran.

Otros libros reflejan la nítida luz de las montañas, o el destello del mar bajo el sol. Y sobre todo: los colores.

Un libro se convierte en el comentario de cien libros sobre una frase de otro libro.

Pensar caminando, caminar pensando, y que la escritura no sea sino la pausa ligera, como descansa el cuerpo que camina mediante la contemplación de los grandes espacios.

Para juzgar la calidad de una pieza musical, hay que confiar en el pie.

en última instancia uno no tiene vivencias más que de sí mismo.

Caminar para Nietzsche es ante todo elevarse, trepar, subir.

El cuerpo que asciende se esfuerza, está en tensión continua.

Hay que tomar altura.

Fuera

Andar es estar fuera, durante varios días habito un paisaje, lentamente tomo posesión de él, lo convierto en mi sede.

Lentitud

Vaya, si caminan tan rápido será que tienen miedo de no llegar!.

La lección era que, en la marcha, la señal auténtica de la seguridad en uno mismo es la lentitud, la extrema regularidad de los pasos, su uniformidad.

La lentitud consiste en adherirse perfectamente al tiempo.

Este estiramiento del tiempo profundiza el espacio. Es uno de los secretos de la marcha: un acercamiento lento a los paisajes, que los vuelve progresivamente familiares. Es como cuando se frecuenta a alguien y la amistad va acrecentándose.

El paisaje es un paquete de sabores, colores y olores de los que el cuerpo se impregna.

El ansia de huir (Rimbaud)

Desde su llegada a París arrastra consigo una reputación de gamberro, de golfo andrajoso y zafio, de bebedor empedernido.

Aprende idiomas.

Será el último acto de su existencia: diez años de desierto y de montaña, entre Adén y Harar.

Siempre a pie, en cada ocasión. «Soy un peatón, nada más.» Nada más.

Para partir, para andar, hace falta ansia, furor. No es algo que venga de fuera.

La marcha como expresión de la rabia, de la decisión vacía. Emprender el camino es siempre partir: dejar atrás.

Le cortan la pierna muy por encima de la rodilla.

Regreso, veinte años después, a la casilla de salida.

En Rimbaud, la marcha está impregnada del sentido de la huida.

Soledades

Pero para que de verdad sea agradable, una caminata se ha de hacer a solas.

al andar, se trata de que cada uno encuentre su ritmo fundamental y lo conserve.

Hasta tres o cuatro personas todavía se puede caminar sin hablar.

Porque la soledad también se comparte, como el pan y la jornada, estar inmerso en la Naturaleza supone una llamada permanente.

¿Quién podría sentirse solo cuando posee el mundo? Ver, dominar, mirar, es poseer.

Así es que no estamos solos, pues andando nos granjeamos la simpatía de lo que está vivo y nos rodea: los árboles y las flores.

En cuanto se anda enseguida se es dos, que se da siempre, incluso a solas, el diálogo entre el cuerpo y el alma.

Mi cuerpo y yo: una pareja, un estribillo.

Sentimos un nudo en la garganta y bajamos los duros senderos con angustiada precipitación.

Silencios

Hay varios silencios.

Está el silencio de los bosques.

Está el silencio de las duras caminatas en las tardes de verano.

Está el silencio del alba.
Está el silencio de las marchas por la nieve.
Está el silencio de las noches.

Lo que llamamos «silencio» en la marcha no es sino el final del parloteo, que ensordece y nos agobia.

Siempre estamos haciendo, produciendo, siempre estamos ocupados.
El lenguaje es un manual de instrucciones, un pliego de condiciones.

Los sueños despiertos del caminante (Rousseau)

Rousseau afirma no poder pensar de verdad, componer, crear e inspirarse si no es caminando.

Camina desde los dieciséis hasta los diecinueve años.

A los cuarenta años, la primera ruptura. Todo es posible todavía, todo queda por vivir.
Rousseau tiene ahora más de cuarenta años.
Pronto acaba vestido como un pobre, copiando música para vivir.
Se habla de él como de un nuevo Diógenes.

Discurso sobre las artes.

Ya ha escrito que la cultura, las letras y los saberes han contribuido más a la decadencia de la humanidad que a su plena realización.

La sociedad corrompe al hombre. Rousseau ya no querrá sino caminos forestales.

Caminar, trabajar, descubrir; recobrar —en sí, homo viator, hombre que camina— al hombre natural, redescubrir en sí al primer hombre.

En medio de tanta filosofía, de tanta humanidad, de tanta civilización y máximas sublimes, solo tenemos un exterior frívolo y engañoso, honor sin virtud, razón sin sabiduría y placer sin felicidad[

Lleno de rencor y de odio, de envidia y de resentimiento: así es el hombre social.
pues, la maldad, la desconfianza y el odio no arraigan en un salvajismo primigenio: se injertaron en nosotros,

Este fue el descubrimiento de esas caminatas sin fin
De ellas salimos más en armonía con nosotros mismos.
De ellas salimos más en armonía con los demás.

Crepúsculo; sesenta años, rechazado por todos.
Se camina entonces para pautar un poco el día,

La felicidad quiere «un movimiento uniforme y moderado carente de sacudidas e intervalos». **Eso es andar: acompañar el tiempo, adoptar su paso como se hace con un niño.**

Los últimos paseos, por el contrario, tienen la inmensa dulzura del desapego.
Vivir solamente, permitirse existir. Porque ya no hay que ser alguien,

Nos convertimos para nosotros mismos en ese viejo hermano: aquel al que amamos por la sola razón de que ha vivido.

Nos perdonamos, en lugar de justificarnos. Ya no hay nada que perder, solo queda caminar.

Hemos muerto ya al mundo del trabajo, al éxito, los proyectos y las esperanzas.
Es un regalo.

Eternidades

Algún día habrá que renunciar a las noticias.

Al caminar, las noticias ya no tienen importancia.

Hallarnos frente a lo que dura absolutamente nos aparta de esas noticias efímeras que por lo general nos hacen cautivos.

La primera eternidad con la que nos topamos es la de las piedras, la del movimiento de las llanuras, las líneas de horizonte: todo ello resiste.

Siempre estamos haciendo algo, pero ¿siendo?

Y a eso lo llaman vivir.

No tener nada que hacer más que caminar permite recuperar el puro sentimiento de ser, redescubrir la simple alegría de existir,

No abandonamos solo nuestro trabajo, nuestros asuntos, nuestras costumbres, nuestras preocupaciones y a nuestros vecinos, sino también nuestras complejas identidades, nuestros rostros y nuestras máscaras.

Caminar impregna.

La conquista de lo salvaje (Thoreau)

En marzo de 1845 empieza a construirse, con sus propias manos, una cabaña cerca de Walden Pond.

En julio de 1846 es detenido

Desobediencia civil.

Milita contra la esclavitud.

Muere de tuberculosis a los cuarenta y cuatro años.

Thoreau propone una nueva economía.

Ya no se trata de preguntarse qué rinde tal o cual actividad, sino lo que cuesta en instantes de vida pura.

Es también **una manera de distinguir el provecho del beneficio.**

¿Qué provecho saco de una larga caminata por el bosque? El provecho es nulo.

En términos de economía tradicional, es tiempo perdido, malgastado, tiempo muerto, sin producción de riqueza. Y sin embargo para mí, para mi vida no diría siquiera interior, sino total, absoluta, el beneficio es inmenso.

Me he capitalizado de mí mismo durante todo el día.

La diferencia entre el provecho y el beneficio estriba en que las operaciones que permiten el provecho podría hacerlas otro en mi lugar.
Lo que me es beneficioso, en cambio, depende de gestos, de actos, de momentos de vida que me es imposible delegar en otros.

Vivir, en el sentido más profundo, es algo que nadie puede hacer por nosotros.

Si yo no soy yo, ¿quién lo será en mi lugar?]

Para ganar lo necesario para vivir con sencillez, basta trabajar un día a la semana.

El trabajo produce riqueza pero también miseria.

Se opone al sistema. Se trata de no jugar.

Es una frugalidad elegida.
Frugalidad no es exactamente austeridad.

La austeridad conlleva siempre la idea de resistir la tentación del exceso.
La austeridad denuncia la tendencia del placer al exceso.

La frugalidad, en cambio, es descubrir que la sencillez satisface por completo, descubrir que se puede gozar plenamente con muy poca cosa: con el agua, una fruta y el soplo del viento.

«Hago mío lo que veo», escribe Thoreau.

Nuestros tesoros, nuestras verdaderas propiedades son la suma de las imágenes que hemos recibido y conservado.

Pero es más fácil adquirir las riquezas que librarse de ellas.

No, decididamente la riqueza cuesta demasiado cara a demasiada gente, nos advierte del gran peligro del exotismo.

No hace falta ir muy lejos para andar.

El verdadero sentido de la marcha no es ir hacia la alteridad (otros mundos, otros rostros, otras culturas, otras civilizaciones), sino estar al margen de los mundos civilizados, sean los que sean.

Caminar es ponerse a un lado.
Caminar es experimentar lo real.

La realidad como lo que resiste: principio de solidez, de resistencia.

Los libros no son los que habrían de enseñarnos a vivir, sino los que nos dieran ganas de vivir, de vivir de otra manera: encontrar en nosotros la posibilidad de la vida, su principio.

El libro da la esperanza de una existencia diferente.

Cuán vano es sentarse a escribir cuando aún no te has levantado para vivir, escribir solo lo que se ha vivido, intensamente. No darse como base sólida nada más que la experiencia.

Caminando el hombre no se siente en la Naturaleza, sino natural.
En la marcha es más una cuestión de participación: siento en mí lo vegetal, lo mineral y lo animal.

Se suele decir que caminar te «vacía la mente». Al contrario: andar te llena el espíritu de una consistencia distinta.

La Naturaleza no tiene historia: su memoria no abarca más de un año, todo vuelve a empezar, todo comienza de nuevo

Hay que cambiar la lectura del diario de la mañana por un paseo.

Buscar lo verdadero es ir más allá de las apariencias. Es denunciar las costumbres, las tradiciones y la vida cotidiana como lo que son: convenciones, hipocresías y mentiras.

Una vida verdadera es siempre una vida distinta, una vida diferente.

Somos prisioneros de nosotros mismos.
Hay que darse siempre la posibilidad de reinventarse.
«Por favor, con un solo mundo ya tengo bastante».

Energía

Los indios americanos, consideraban la Tierra misma como una fuente sagrada de energía. A fuerza de apoyarse en la tierra, de sentir su gravedad, de descansar en ella a cada paso, andar es como una inspiración de energía continua.
Una última fuente de energía, además del corazón y de la tierra, son los paisajes.

Peregrinación

El primer significado de peregrinus es el de extranjero, exiliado.
El que no está en su casa allí donde camina.

El cristiano pasa por la vida como el caminante por cualquier país: sin detenerse.

Quizá los monjes llamados «giróvagos» exaltaban particularmente nuestra condición de extranjeros eternos: andando sin cesar de monasterio en monasterio, sin domicilio fijo...

**Caminar es una conversión, una llamada.
Caminar, desapegarse, partir, abandonar.**

La peregrinación es un testimonio de fe, es una ascesis continua por la humildad de la marcha, y se acompaña incluso de ayunos frecuentes y continuas oraciones.

Una peregrinación podía constituir también una expiación de faltas muy graves.
Se camina también para pedir algo.

El cansancio purifica, destruye el orgullo, y ello hace la oración más transparente.

Mediante la peregrinación, se trata por último de agradecerle a Dios una gracia concreta que se haya recibido, una salvación otorgada, un don concedido, la salud recuperada.

En el fondo de toda peregrinación hay una utopía y un mito: mito de la regeneración y utopía de la presencia.

Hay que volver absolutamente cambiado.

El peregrino, sin embargo, no renace a sí mismo sino al desapego de sí, a la indiferencia al tiempo y a la benevolencia universal.

El proceder cínico

Sócrates no paraba quieto.

Peripatein significa «pasear» en griego, y también «conversar», «dialogar caminando». Los estoicos, no enseñan caminando.

Los únicos pensadores griegos auténticamente caminantes fueron los cínicos. Practican el arte de la diatriba, no el de la prédica. Insultan, escandalizan, agreden verbalmente.

El cínico ladra. Despotrican, se burlan y arrastran por el fango todos los compromisos y todas las convenciones.

Todo lo denuncian.

Lo elemental: lo único verdadero es el sol, el viento, la tierra y el cielo. También su lenguaje es crudo, y sus modales.

El cuerpo funciona sin tener en cuenta las convenciones ni las reglas.

El cínico vive fuera, desestabiliza la oposición tradicional entre lo privado y lo público. Una última dimensión del cínico viajero es lo necesario.

Eso es lo necesario: una conquista de asceta.

Lo necesario, conquistado superando lo útil, invierte el significado de la indigencia. La pobreza se torna riqueza.

Después de todo —era ya una demostración epicúrea—, rico es aquel que no carece de nada. Y el cínico no carece de nada, pues ha hallado el gozo de lo necesario.

Soy más rico, dice el cínico, que cualquier gran propietario, pues la tierra es mi dominio. Es ciudadano del mundo.

Los estados del bienestar

Cada uno de esos sabios presentaba una plenitud absolutamente distinta: de alegría, de felicidad o de serenidad.

La experiencia de la marcha, sin embargo, no es sectaria.

Es una introducción práctica al conjunto de las grandes sabidurías antiguas. Consideremos primero el placer. El placer es cuestión de encuentro.

La particularidad maldita del placer, a menudo señalada, es que la repetición disminuye su intensidad.

La alegría es otra cosa, menos pasiva y más exigente, menos intensa y más completa, menos local y más rica.

La tristeza es pasividad: se da cuando no soy capaz de algo.
La tristeza es una afirmación trabada, impedida, contrariada e imperfecta.

La alegría es una actividad: ejecutar fácilmente aquello que es difícil y que ha llevado tiempo, afirmar las facultades de la mente y del cuerpo.

Más allá incluso del acto de andar, pero permitida por este, está también la alegría entendida como plenitud, la alegría de existir.

Nos hacen creer que la plenitud depende de la posesión material y del reconocimiento social.

Estoy vivo y estoy aquí.

La felicidad supone ser destinatario de un espectáculo, de un instante, de una atmósfera, y supone tomar, aceptar, captar la gracia del momento. Para ello no hay ni recetas ni preparación: hay que estar ahí cuando ocurre.

La felicidad es frágil en el sentido de que no es repetible. Son ocasiones, como hilos de oro en la trama del mundo. Hay que abandonarse a ella.

Un último estado del bienestar es la serenidad

No hay que hacer nada más que andar.

La serenidad consiste en seguir solo el camino.

La serenidad es el goce inmenso de no esperar ya nada: solo avanzar, andar.

El vagabundear melancólico (Nerval)

En Nerval, la marcha es melancolía.

Dejar que la tristeza navegue al aire libre: abandonarse.

La infancia en sí como nostalgia.

La salida cotidiana (Kant)

Cuesta incluso imaginar una existencia más gris, un modelo de regularidad.

De temperamento frágil, le apasionaba la medicina dietética.

Nunca contrajo deudas.

No soportaba el desorden, el paseo era obligatorio.

Leía hasta las diez de la noche, luego se acostaba (solo comía una vez al día) y se dormía enseguida.

El aburrimiento es la inmovilidad del cuerpo enfrentado al vacío del pensamiento.

Esta obligación monótona del cuerpo libera la mente.

La regularidad trabajando. Todos los días una página que escribir, una idea que desarrollar, una prueba que aportar y una demostración que hacer. Y el resultado final: una obra gigantesca.

La disciplina es lo imposible conquistado mediante la repetición obstinada de lo posible.

Lo ineluctable, una fatalidad dominada,
Mediante la disciplina, uno puede llegar a ser un destino para sí mismo, estamos obligados a llegar.

Paseos

Está el paseo como rito absoluto, el paseo como libre distracción, recreo del espíritu; y el paseo como redescubrimiento.

El primer caso, el del rito, concierne a los paseos de nuestra infancia.
El adulto lo ve todo desde la altura de los años que tiene.

Para el niño, en cambio, los caminos alejan, inquietan, son posibilidades de mundos.

Proust tenía así, de niño, dos paseos que formaban dos mundos.

Quienes son absolutamente realistas son los niños: no proceden jamás mediante generalidades.

Mucho más allá de la infancia existe un estilo de paseo, como ligereza, como descanso: caminar para «cambiar de aires».

En *El arte de pasear*, Karl Gottlob Schelle, relajamiento del cuerpo, descanso del alma.
Marcharse a pasear es otra cosa: decimos adiós al trabajo.

Kant la denomina «placer estético»: es imperativo alternar los paseos urbanos y campestres,

El secreto del paseo es precisamente esa disponibilidad de la mente, tan poco frecuente en nuestras vidas ajetreadas, polarizadas y cautivas de nuestras propias obstinaciones.

Solo así —si no esperamos ningún provecho concreto del paseo, será el paseo ese momento estético gratuito que lleva a redescubrir la ligereza de vivir, la dulzura de un alma en libre armonía consigo misma y con el mundo.

El arte de pasear es, pues, una verdadera técnica recreativa.

Parques públicos

Se anda sobre todo para exhibirse.

Hay que haber cuidado meticulosamente la apariencia, una comedia donde cada cual es actor y espectador.

El 'flâneur' de las ciudades

Tres condiciones: la ciudad, la multitud y el capitalismo.

Andar por la ciudad es un sufrimiento, supone un ritmo obstaculizado, irregular.

El flâneur anda, se desliza incluso entre la multitud, se puede caminar durante horas sin ver ni un pedacito de campo.

El segundo elemento, la multitud.

Esta multitud es hostil, en ella nadie se encuentra con nadie.

Tercer elemento: el capitalismo o, más precisamente, para Walter Benjamin, el reino de la mercancía.

Mercantilización del mundo: todo se convierte en objeto de consumo.

El flâneur es subversivo.

Subversión de la soledad.

El flâneur busca ese anonimato

Subversión de la velocidad.

Subversión de la obsesión por el negocio.

Subversión del consumo.

El flâneur ni consume ni es consumido. Recolecta aquí y allá, e incluso hurta.

El flâneur de las ciudades no se hace presente a una plenitud del ser, sino solo disponible a emociones visuales dispersas.

Gravedad

El camino aspira las piernas, y la mente flota por encima.

Esas vidas, desligadas de los senderos y de los caminos, nos hacen olvidar nuestra condición: nada del desgaste de las estaciones y del tiempo parece existir.

La marcha nos recuerda así sin cesar nuestra finitud.

Caminar es exactamente resignarse a ser ese cuerpo que camina, inclinado.

Ese inmenso cansancio nos da la alegría de ser.

Elemental

¿De verdad necesito esto?

Hay que reducir la carga al máximo.

Escribía Thoreau: «No se puede matar el tiempo sin herir la eternidad».

No se camina para matar el tiempo sino para acogerlo, deshojarlo paso a paso, segundo a segundo, pétalo a pétalo. Todo lo que permite matar el tiempo, engañar al aburrimiento, distraer el cuerpo y la mente.

Solo cuenta una relación estricta entre peso y eficacia. Al caminar solo hace falta lo necesario.

Lo necesario está un nivel por debajo de lo útil.

Es lo irremplazable, lo ineludible, lo insustituible.

Lo elemental se revela como plenitud de la presencia.

La marcha permite, unos instantes, sentir lo elemental.

Caminar sin lo necesario siquiera es abandonarse a los elementos.

Mística y política (Gandhi)

Lanza una nueva campaña de no cooperación; la marcha de la sal.

Siempre cultivó la disciplina y el autocontrol.

Caminando, uno se rinde cuentas a sí mismo: se corrige, se interpela y se evalúa.

La organización de cada día es inmutable: rezar por la mañana, caminar durante el día, tejer algodón por la tarde y, por la noche, escribir artículos para el periódico.

En la lentitud de la marcha hay un rechazo de la velocidad, la desconfianza hacia a la máquina, el consumo acelerado y el productivismo ciego.

Gandhi critica la civilización moderna.

Andar para Gandhi es preferir las energías lentas de la resistencia.

Caminar es la condición del pobre. **La humildad, sin embargo, no es exactamente la miseria. Es el reconocimiento sereno de nuestra finitud: no lo sabemos todo, no lo podemos todo.**

La humildad no es humillante: solo nos desposee de vanas pretensiones y nos permite acceder a nuestra autenticidad, transitando los caminos de la no posesión (aparigraha).

Esta simplificación de la existencia le permite ir más deprisa, más recto, ir a lo esencial de manera más segura. La marcha es de una sencillez total.

Vivir por encima de nuestras necesidades, denuncia Gandhi, es —ahora y siempre—explotar al prójimo.

La marcha promueve un ideal de autonomía.

Trabajar con nuestras manos es rechazar la explotación de los demás. La marcha realiza per se el doble ideal que engloba el término swadeshi.

Andar es el mejor ritmo para comprender al otro y sentirse cercano.

Caminar exige un esfuerzo suave pero continuo.

Satyagraha es la idea de fuerza y de verdad a un tiempo.

La marcha requiere determinación: firmeza y voluntad.

La virtud principal del satyagrahi es el dominio de sí mismo.

La marcha combate la ira mediante el agotamiento, y purifica.

La no violencia, áhimsa, reagrupa en un haz único, manifiesta en una sola disposición, todas las dimensiones que hemos distinguido: dignidad, dominio, firmeza, humildad y energía.

La relación tiene que seguir siendo disimétrica en todo: la no violencia avergüenza a la violencia.

Gandhi no dejó de andar en toda su vida.

Se levanta todas las mañanas a las cuatro para leer y escribir, teje su porción de algodón, dirige oraciones abiertas a todos, recita los textos sagrados hindúes y musulmanes poniendo de manifiesto sus convergencias de paz, y camina.

Repetición

La marcha es sosa, repetitiva y monótona, pero nunca es aburrida.

El aburrimiento es una ausencia de proyectos, de perspectivas.

Los monjes propusieron el paseo como remedio a la acedía, ese mal insidioso que corroe el alma.

Montaigne hablaba de su «paseadero».

Wordsworth, el auténtico inventor de la caminata.

Wordsworth, en cambio, recorre los caminos como un pobre, sin necesidad y por gusto. Para estupefacción de todos, llama «riqueza» a esa experiencia.

Péguy, en la marcha no se trata de romper, sino de pautar y hacer sensible la presencia del mundo.

Da origen a los salmos, convertir así el día en una oración continua, de repetición y plegaria. Es lo que los padres ortodoxos llaman «traer el espíritu al corazón».

Concentración, unicidad y despojamiento. La tranquilidad pura.

La filocalia de la Iglesia Ortodoxa.

La espiritualidad tibetana, los “lung-gom-pa” (ligeros de pies).

Alexandra David-Neel, sucesiva o simultáneamente orientalista, cantante de ópera, periodista, exploradora, anarquista, espiritualista, budista y escritora franco-belga.

Textos y referencias

FOUCAULT, Michel,

GANDHI, Mahatma,

KANT, Immanuel,

KEROUAC, Jack,

NIETZSCHE, Friedrich,

PÉGUY, Charles,

PROUST, Marcel,

ROUSSEAU, Jean Jacques,

SOLNIT, Rebecca,

THOREAU, Henry David,